

La educación católica ante el nuevo milenio

¿Hacia dónde se dirige el mundo a fines del siglo XX y *ad portas* del tercer milenio? ¿Cómo vemos la situación de la educación frente a los cambios que se vienen produciendo? ¿Qué desafíos confronta la educación católica?, son interrogantes que se entrelazan y que aspiro responder en lo posible teniendo como objetivo final contribuir a que la educación católica, como misión eclesial, pueda continuar perfeccionándose en el cumplimiento del encargo recibido del Señor Jesús: «Id y enseñad a todas las gentes anunciándoles el mensaje de salvación...» (Mc 16,15).

Época de cambios en el mundo

Con sentido profético el Concilio Vaticano II expresaba: «El género humano, admirado de sus propios descubrimientos y de su propio poder, se formula con frecuencia preguntas angustiosas sobre la evolución presente del mundo, sobre el puesto y la misión del hombre en el universo, sobre el sentido de sus esfuerzos individuales y colectivos, sobre el destino último de las cosas y de la humanidad... El género humano se halla hoy en un período nuevo de su historia, caracterizado por cambios profundos y acelerados, que progresivamente se extienden al universo entero... Como ocurre en toda crisis de crecimiento —prosigue el Concilio—, esta transformación trae consigo no leves dificultades. Así, mientras el hombre amplía extraordinariamente su poder, no siempre consigue someterlo a su servicio... Jamás el género humano tuvo a su disposición tantas riquezas, tantas posibilidades, tanto poder económico. Y, sin embargo, una gran parte de la humanidad sufre hambre y miseria y son muchedumbre los que no saben leer ni escribir... El espíritu científico modifica profundamente el ambiente cultural y las maneras de pensar. La técnica con sus avances está transformando la faz de la tierra e intenta la conquista de los espacios interplanetarios»¹.

El mundo está siendo testigo no sólo de esta aceleración sin precedentes en el progreso de la ciencia y la tecnología, que hace más de tres décadas los padres conciliares expresaron en la *Gaudium et spes*, sino que además se aprecia un rápido descenso en la fe en la idea del progreso. No se puede ignorar el poder de la ciencia y la tecnología, pero lo que ya preocupa es la posibilidad de aplicarlas a la mejora de la vida humana. Es que la ciencia no sólo tiene usos palpables, sino también abusos costosos.

El cambio se presenta con gran rapidez en todas las esferas de la actividad. La caída de barreras de todo tipo, la mundialización de las actividades económicas y culturales, las inimaginables posibilidades de comunicación que cada día se hacen realidad, nos ofrecen la interacción universal hacia un mundo desconocido y fascinante. Todo esto se presenta en el escenario llamado globalización.

Globalización «quiere decir que el mundo es uno y unificador y que es más lo común que lo diferente, más profundos los vínculos que las barreras y los fosos. Indica que todos estamos embarcados en la misma nave, somos poseedores de las mismas raíces, herederos y artífices de la misma historia y sobre todo, forjadores activos o víctimas pasivas de un destino común. La globalización entraña, entonces, una aceleración en el ritmo de las interconexiones e interdependencias globales (dimensión objetiva), unida a nuestro conocimiento, responsabilidad y compromiso ante tales interconexiones (dimensión subjetiva)»².

Es con esta misma comprensión, y concibiendo la globalización como un fenómeno multifacético (económico, cultural, político, de comunicación, información, educacional y religioso) y por lo tanto complejo, que llega a afectar para bien o para mal a las personas. El *Informe Delors*³ a la UNESCO nos plantea algunas líneas de reflexión: el paso de la comunidad de base a la sociedad mundial, la mundialización de los campos de la actividad humana, las interdependencias planetarias y los riesgos a que está sujeto el mundo.

Todo esto no constituye una utopía. La única utopía existente es la de aquellos que piensan que todo va a seguir igual. Las nuevas tecnologías que se nos ofrecen, entre las que sobresale *Internet*, son un medio que permite al hombre llegar más lejos. Dios quiera que esa tecnología sirva para acercar al hombre a su Creador, y se utilice para servicio y desarrollo integral de todos los hombres. Pienso que nos encontramos en una fase fundamental de la historia, de transición hacia un nuevo nivel en el que van a primar las interrelaciones. Como prueba de este hecho está el acceso a la comunicación digital, la aparición de una economía global y de un proceso de mundialización que antes era imposible imaginar.

Frente a estos fenómenos mundiales, tenemos que tomar conciencia de una mayor relación entre nosotros, una hermandad que sea germen de la solidaridad entre personas e instituciones de todas partes, y que empiece por respetar la dignidad y cultura de cada pueblo y de cada individuo.

Los problemas que nos esperan a los habitantes del tercer mundo no son pocos, pues estamos reñidos con la evolución de los países desarrollados. Se está gestando una mezcla de culturas y la universalización de las relaciones transforma la vida en nuestro planeta, pero con un modelo inédito, en el que rigen valores distintos a los que sirvieron para formar nuestras sociedades.

Constituyendo la comunicación universal el eje de los procesos de cambio en marcha o por llegar, como acabamos de ver, encuentro oportuno glosar algunos pensamientos del *Informe Delors*, ya citado, que completan lo expresado: «Esta libre circulación mundial de la imagen y la palabra, que prefigura el mundo de mañana hasta en sus aspectos perturbadores, ha transformado tanto las relaciones internacionales como la comprensión del mundo que tienen las personas, constituyéndose en uno de los grandes aceleradores de

la mundialización. Tiene sin embargo aspectos negativos. Los sistemas de información todavía son relativamente caros y de acceso difícil para muchos países. El dominio de esos sistemas confiere a las grandes potencias y a los intereses privados que los detentan un poder cultural y político real, en particular con respecto a las poblaciones que por no tener educación apropiada no están preparadas para clasificar, interpretar ni criticar la información recibida. El cuasi monopolio de las industrias culturales de que goza un pequeño número de países y la difusión de su producción en todo el mundo ante un público cada vez más amplio constituyen un factor poderoso de erosión de las especificidades culturales. Aunque esta falsa "cultura mundial" sea uniforme y demasiado a menudo de muy pobre contenido, no deja de ser vehículo de normas implícitas y puede causar en las personas que reciben su influencia un sentimiento de desposeimiento y de pérdida de identidad. La educación tiene indudablemente una función importante que desempeñar si se desea controlar el auge de las redes entrecruzadas de comunicación que poniendo al mundo a la escucha de sí mismo, hacen que verdaderamente todos seamos vecinos»⁴.

Esa erosión de aspectos culturales al que me he referido citando el informe a la UNESCO, está dentro de lo que podríamos considerar como el componente cultural e ideológico que conlleva la globalización. Sus expresiones más características vienen a ser el consumismo y el individualismo, inapropiadamente justificados por la búsqueda de la calidad de vida.

Debe quedar claro que «la globalización como tal no implica una connotación negativa», como lo afirmó el p. Kolvenbach, Superior General de la Compañía de Jesús, en su exposición sobre el tema educativo en Arequipa. Y agregaba: «Más bien ofrece inmensas posibilidades para el desarrollo de la humanidad. Pero cuando no se respetan los valores más fundamentales de la persona humana —como ocurre en el campo económico con la absolutización del libre mercado—, la globalización resulta verdaderamente nefasta. Conocemos los efectos de las políticas neoliberales: concentración de la riqueza, exclusión, ahondamiento de la brecha entre ricos y pobres, exacerbación del individualismo, competitividad desmedida, ausencia de consideraciones éticas y valorales»⁵..

Nos encontramos ante una realidad irreversible, con la que hay que aprender a convivir y desde dentro tratar de aprovechar lo positivo de los cambios, de las ventajas que también nos ofrece el nuevo panorama y buscar mejorar lo que no se oriente al bien de la humanidad. Conveniente es meditar lo que el Concilio Vaticano II expresaba en relación al progreso de las ciencias y de la técnica, y que bien se puede aplicar en gran medida a lo que nos preocupa hoy día. «Hay el peligro de que el hombre, confiado en exceso en los inventos actuales, crea que se basta a sí mismo y deje de buscar ya cosas más altas. Sin embargo, estas lamentables consecuencias no son efectos necesarios de la cultura contemporánea ni deben hacernos caer en la tentación de no reconocer los valores positivos de ésta»⁶.. Y esta exhortación: «Vivan los fieles en muy estrecha unión con los

demás hombres de su tiempo y esfuércense por comprender su manera de pensar y de sentir, cuya expresión es la cultura. Compaginen los conocimientos de las nuevas ciencias y doctrinas y de los más recientes descubrimientos con la moral cristiana y con la enseñanza de la doctrina cristiana, para que la cultura religiosa y la rectitud de espíritu vayan en ellos al mismo paso que el conocimiento de las ciencias y de los diarios progresos de la técnica; así se capacitarán para examinar e interpretar todas las cosas con íntegro sentido cristiano»⁷..

Todo lo dicho nos lleva a pensar que lo que tenemos en el horizonte es un conjunto de desafíos. Se está tomando conciencia de los cambios que se operan en la sociedad y que constituyen oportunidades, pero a la vez riesgos presentes y futuros. Sin cerrar los ojos y teniéndolos siempre abiertos, para apreciar y juzgar lo que sucede, conviene que tomemos los desafíos como ocasiones para humanizar y cristianizar más el mundo en que vivimos y en el que vivirán los que nos sigan.

Crisis, tendencias y retos de la educación

Hace más de veinticinco años, la UNESCO formó una comisión internacional para estudiar el desarrollo de la educación. La presidió Edgard Faure, un ex ministro de Francia que culminó su trabajo publicando el informe titulado *Aprender a ser*. En esa oportunidad se hacía clara referencia a la existencia de una crisis de la educación. Eran los años en que se apreciaba el gran esfuerzo que habían llevado a cabo los países por extender los servicios educativos poniéndolos al alcance de todos. El objetivo mayor fue crecer a cualquier precio y el resultado el vertiginoso incremento de las matrículas de niños y jóvenes que asistieron a escuelas y colegios.

No cabe duda que el crecimiento no es malo, pero éste se tornó crítico cuando los recursos para sostenerlo fueron insuficientes. Se comenzó a hablar de la crisis de crecimiento de la educación en los países que aplicaron simples estrategias expansionistas, basadas en el desarrollo lineal de los sistemas escolares, sacrificando la calidad de los servicios ofrecidos.

En virtud de esta expansión muy grande de las matrículas, hoy no se puede hablar de democratización de la educación sin considerar que el problema ya no es llevar más educación, sino conseguir la equidad de la misma. Es reducir la diferencia abismal de calidades entre la educación que reciben los niños de familias pudientes y los niños de familias pobres. Es buscar lo que se denomina como eficiencia externa de la educación, que consiste en la correspondencia de los conocimientos y habilidades recibidos en la escuela con las necesidades de la demanda de las oportunidades de trabajo.

Hace tres años apareció la publicación *La educación encierra un tesoro*, conclusiones del informe de la comisión internacional sobre la educación para el siglo XXI, que designó

también la UNESCO y cuya presidencia estuvo a cargo de otro ex ministro francés, Jacques Delors. Este documento plantea la necesidad de un cambio educacional para adecuarse a las transformaciones que se operan en la sociedad al finalizar el siglo XX y *ad portas* de un nuevo milenio. Este cambio, aunque con nuevas perspectivas, se postula, como lo hizo la comisión de Edgar Faure, en base a un mejoramiento significativo y generalizado de la calidad de la educación, porque allí radica el principal punto focal del problema en nuestros días y porque en esa dirección se irán articulando de manera espontánea las presiones de la sociedad. La calidad de la educación será considerada cada vez con más apremio, como una medida de justicia y equidad social, como medio para alcanzar la competitividad económica y como una forma de afianzar la viabilidad de la vida democrática de los pueblos.

No obstante lo afirmado, hay que recordar que frente a los cambios que experimenta el mundo, y a la implantación de políticas económicas que tienden a reducir el papel del Estado en el financiamiento de la educación, haciendo más dura la tarea para los sectores pobres, no será fácil la elevación de la calidad de educación para las mayorías.

Por otro lado, hay un aspecto que se pone cada vez más en duda, y es la fe en que mayores dosis de educación conducirán a obtener mejores puestos de trabajo para las personas y por ende conseguir un mayor progreso para la sociedad. Los desempleados con una buena formación o educación son testimonio de que la escolarización no es la panacea para muchos males de la sociedad. De hecho, se crean exageradas expectativas de lo que la educación puede cumplir y cada día se le plantean mayores requerimientos.

Al respecto Colin Power expresaba lo siguiente: «El estado de ánimo de desilusión... constituye el *leitmotiv* de nuestra época porque, de hecho, es una de las realidades y uno de los desafíos más importantes con los que tienen que enfrentarse los responsables de la educación. Una reducción en la fe en la educación, en la ciencia, en el gobierno y, de hecho, en la capacidad de la humanidad para planificar y conformar continuamente su futuro, resulta profundamente debilitadora. Centrándonos en nuestra preocupación concreta, la educación es, por su propia naturaleza, una *actividad dotada de un determinado propósito*: privada de ese sentido de propósito, todo lo que queda es el ritual de la escolarización. El compromiso para con la educación debe basarse siempre en la esperanza, y verse alimentado por la creencia y la capacidad de la humanidad de encontrar soluciones racionales y razonables a los problemas que la afectan. Si perdemos esa fe, y parecemos correr el peligro de hacerlo, se verán minados los propios cimientos de la educación»⁸.

Para buscar caminos y salidas al panorama descrito, se viene hablando de concebir la educación como actividad de toda la vida. Con esta concepción, se trasciende los marcos de la escolarización y se va más allá de una educación básica. El sistema educativo, además de cumplir con sus fines tradicionales, tendrá sobre todo que buscar que los educandos

aseguren su desarrollo para vivir en una sociedad cambiante y cada vez más exigente, cimentando los cuatro pilares o aprendizajes fundamentales que postula el informe *La educación encierra un tesoro*: 1. *aprender a conocer*, es decir adquirir los instrumentos de la comprensión; 2. *aprender a hacer*, para poder influir en el propio entorno; 3. *aprender a vivir juntos*, para participar y cooperar con los demás en todas las actividades humanas; 4. por último, *aprender a ser*, un proceso fundamental que recoge elementos de los tres anteriores⁹. Con todo esto, no se trata de pensar que se tendrá que eliminar la escolarización, sino más bien que habrá que transformarla. Quedaron lejos las teorías que postularon una desescolarización y la desaparición de la escuela.

Ya existen experiencias, que poco a poco ganan terreno, en el sentido que es más importante enseñar al alumno a aprender, que impartirle conocimientos, siendo éstos cada vez más numerosos y difícil de darlos en los años de escolarización. Igualmente la función docente tiende a modificarse hacia la de un maestro guía del aprendizaje, y no ya la tradicional tarea del profesor como instructor de nuevos conocimientos. Por estos rumbos veo que la educación podrá afrontar los desafíos y retos del siglo XXI.

Emprendamos el camino del reencuentro con el Señor Jesús

«Les anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: les ha nacido hoy un Salvador, que es Cristo Señor» (Lc 2,10-11). Estas palabras del ángel a los pastores de Belén cobran una especial solemnidad por las próximas celebraciones del Jubileo del 2000 e inicio del tercer milenio cristiano. Constituyen un mensaje de rigurosa vigencia y actualidad por las situaciones que vive el mundo de cara al nuevo milenio.

A la luz de la carta apostólica del Papa Juan Pablo II sobre «el tercer milenio que se acerca» (*Tertio millennio adveniente*), son posibles varias lecturas y vivencias de estos acontecimientos: en clave bíblica en primer lugar, también en claves de evangelización, de reconciliación, social, ecuménica, cósmica y otras. Entre todas estas lecturas, interesa por razones de este trabajo destacar la dimensión de evangelización, hacia la cual nos urge orientar el esfuerzo futuro.

En la citada carta apostólica el Papa nos presenta su gran preocupación pastoral por la evangelización del mundo, así como lo hizo en 1990 a través de su encíclica misionera: «La misión de Cristo Redentor, confiada a la Iglesia, está aún lejos de cumplirse. A finales del segundo milenio después de su venida, una mirada global a la humanidad demuestra que esta misión se halla todavía en los comienzos y que debemos comprometernos con todas nuestras energías en su servicio»¹⁰.

Jesucristo, Dios hecho hombre, es el único Salvador de todos los hombres y pueblos y de todos los tiempos. Sin embargo, la mayor parte de la humanidad todavía no lo conoce

hoy. Aproximadamente el 70% de los hombres en el mundo aún no conocen al Señor Jesús ni a Santa María, su Madre. Además, en los países de mayorías católicas y cristianas, como el nuestro, urge un redescubrimiento de Cristo y un acercamiento a Él y a su Iglesia por parte de tantísimos bautizados de todas edades, para que lo conozcan o lo reconozcan mejor y deje de ser Jesús un ilustre desconocido.

Desde que tenemos conocimiento de lo sucedido en la antigüedad, en su persistente búsqueda de la verdad y salvación los hombres han creado sus expresiones y mitos religiosos, aún sin saber que Dios sale a su encuentro con una propuesta histórica concreta, que se llama Jesucristo. El Santo Padre lo expresa en forma categórica en su carta apostólica en que nos invita a prepararnos al nuevo milenio: «Cristo es el cumplimiento del anhelo de todas las religiones del mundo y, por ello mismo, es su única y definitiva culminación»¹¹.

Significativamente, los cuatro Evangelistas recogen al final de sus relatos el mandato del Resucitado a los Apóstoles y a la comunidad de todos los que creemos, de proclamar la Buena Nueva (ver *Mc* 16,15), hacer discípulos a todos los pueblos transmitiéndoles su enseñanza (ver *Mt* 28,19-20), ser sus testigos hasta los confines de la tierra (ver *Lc* 24,48; *Hch* 1,8). Y Juan relaciona directamente la misión que Jesús confía a sus discípulos con la que Él mismo recibió de su Padre: «Como el Padre me envió, también yo los envío a ustedes» (*Jn* 20,21).

Celebrar e iniciar el año 2000, reviviendo la venida en carne humana del Verbo divino, enviado por el Padre, significa retomar la misión básica de todas las misiones: la misión del Señor Jesús, la misión del Espíritu y la de su Iglesia de la que formamos parte. Es el momento de encender la llama de una memoria viva, de escuchar el llamado fuerte para emprender con nuevo impulso el anuncio del Evangelio en todas partes. Para ello es preciso despertar en cada comunidad cristiana o grupo apostólico un nuevo ardor misionero, sin el cual no podrá haber ni primera evangelización de los no cristianos, ni nueva evangelización para los bautizados alejados... Con ese ardor será posible entrar, estar presentes y dar una respuesta cristiana a los grandes desafíos de la evangelización en los nuevos y exigentes ámbitos sociales y culturales: el mundo del trabajo, la familia, los medios informativos, el campo de la investigación, los nuevos areópagos del hombre moderno y otros¹².

El Papa, en su libro *Cruzando el umbral de la esperanza*, sostiene que la Iglesia renueva cada día la lucha por el alma del mundo. Porque por un lado están presentes el Evangelio y la evangelización, pero por el otro hay una poderosa antievangelización. Afirma que «la lucha por el alma del mundo contemporáneo es enorme allí donde el espíritu de este mundo parece más poderoso». Continúa el Santo Padre indicando que «la evangelización renueva su encuentro con el hombre» y «está unida al cambio generacional», que «mientras pasan las generaciones que se han alejado de Cristo y de la Iglesia, que han aceptado el modelo laicista de pensar y de vivir, o a las que ese modelo les ha sido

impuesto, la Iglesia mira siempre hacia el futuro; *sale*, sin detenerse nunca, *al encuentro de las nuevas generaciones*. Y se muestra con toda claridad que las nuevas generaciones acogen con entusiasmo lo que sus padres parecían rechazar. ¿Qué significa esto? —se pregunta el Papa, y él mismo responde—. Significa que Cristo es siempre joven. Significa que el Espíritu Santo obra incesantemente». La Iglesia «no cesa de mirar con esperanza hacia el futuro»¹³.

En la búsqueda y acercamiento de las nuevas generaciones y para llevar a cabo su misión, la Iglesia se sirve principalmente de los medios que Jesucristo mismo le ha confiado, sin omitir otros que, en las diversas épocas y las variadas culturas, sean aptos para conseguir su fin sobrenatural y para promover el desarrollo de la persona.

En la sociedad actual, caracterizada entre otras manifestaciones por el pluralismo cultural, la Iglesia capta la necesidad urgente de garantizar la presencia del pensamiento cristiano, puesto que éste, en el caos de las concepciones y de los comportamientos, constituye un criterio válido de discernimiento. La referencia a Jesucristo enseña de hecho a discernir los valores que hacen al hombre, y los contravalores que lo degradan.

El pluralismo cultural invita pues a la Iglesia a reforzar su empeño educativo para formar personalidades fuertes, capaces de resistir el relativismo debilitante, y de vivir las exigencias del propio bautismo¹⁴. Es sobre todo por estas razones, y porque para la Iglesia la educación es considerada como un deber y un derecho recibido del Señor Jesús, que en los tiempos actuales y advenientes esta misión reviste caracteres de urgente e insustituible.

El Concilio Vaticano II en su declaración *Gravissimum educationis* define los alcances de esta urgencia insustituible que hoy cobra actualidad, frente a la descripción de los problemas que han sido tratados anteriormente: «El deber de educación corresponde a la Iglesia..., porque tiene el deber de anunciar a todos los hombres el camino de la salvación, de comunicar a los creyentes la vida de Cristo y de ayudarles con precaución constante para que puedan alcanzar la plenitud de esta vida. La Iglesia, como Madre, está obligada a dar a sus hijos una educación que llene toda su vida del espíritu de Cristo, y al mismo tiempo ayuda a todos los pueblos a promover la perfección cabal de la persona humana, incluso para el bien de la sociedad terrestre y para configurar más humanamente la edificación del mundo»¹⁵.

La tarea educativa, entre otras actividades eclesiales, mantiene vigencia y trascendencia. Se le abre un horizonte de gran dinamismo apostólico en el empeño que debemos tener en la búsqueda del reencuentro con el Señor Jesús, como motivación central de lo que nos debe animar en el inicio del próximo siglo XXI.

Compromiso educativo de anunciar y enseñar a dar testimonio del Señor Jesús

Anunciar al Señor Jesús tiene un solo nombre: evangelización, y toda evangelización conlleva una dimensión educativa de la persona, que al asimilar y vivir la Buena Nueva recibida, da testimonio, muchas veces silencioso, de ese mensaje de vida y salvación que ella encierra.

Todos reconocemos por la fe el alcance de la frase «Jesucristo, ayer, hoy y siempre» tomada de la *Carta a los Hebreos* 13,8. Esta frase «hace referencia a una permanencia del Señor no sólo temporal, sino también sustancial. En medio de novedades y cambios, de confusiones y errores, la persona del Señor Jesús es lo único esencial y fundamental, centro de todo y sustento de nuestras existencias. Es la afirmación firme y confiada de que sólo en el Hijo de María podemos encontrar los cimientos sólidos de la permanencia para edificar sobre ellos la plenitud de nuestra realización... El renovado esfuerzo por la propia santidad y el ímpetu apostólico reclamados por la Nueva Evangelización se centran en la presencia siempre antigua y siempre nueva de Jesucristo, nuestro Reconciliador y modelo de plena humanidad»¹⁶.

Es que Jesús es el único Salvador del mundo, es la fuente vivificadora que lo sostiene. En estas épocas de universalización y globalización de la vida de los pueblos, la figura de Cristo se alza como el mediador único de la salvación del mundo entero. Esta verdad en la que creemos los cristianos, tiene que constituir la esencia del anuncio y motivo del testimonio que debe promover la educación católica, ahora y en el nuevo siglo que llega. Se tiene que sentir y entender que sólo en el Señor Jesús «la humanidad, la historia y el cosmos encuentran su significado definitivamente positivo y sólo en Él se realizan totalmente, purificándose y liberándose para siempre de los círculos negativos de la muerte física, psíquica, social, ética, espiritual y cósmica. Es Jesús quien tiene en sí mismo, en su acontecimiento y en su persona, las razones de la ultimidad absoluta y definitiva de la salvación»¹⁷.

Si el legado de Cristo tiene una permanencia y vitalidad en ya casi dos milenios, frente a la inseguridad y temor con que se asoma el siglo XXI meditemos y renovemos nuestra fe en que ese mensaje de Cristo Resucitado y vivo entre nosotros es un mensaje para siempre. Corresponde, en este caso a los educadores católicos, tener más claro que nunca que la dimensión educativa de la evangelización constituye una gracia al ser escogidos para esta misión, pero también una obligación insoslayable: «¡Ay de mí, si no evangelizara!» (*1Cor* 9,16), decía San Pablo.

Pablo VI anotaba en su exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* que la Iglesia evangeliza cuando por la sola fuerza divina del mensaje que proclama trata de convertir al mismo tiempo la conciencia personal de los hombres, la actividad en la que ellos están comprometidos, su vida y ambientes concretos¹⁸. «Cuando la Iglesia evangeliza y logra la conversión del hombre, también lo educa —afirmaron nuestros obispos en *Puebla*—, pues la salvación (don divino y gratuito), lejos de deshumanizar al hombre lo perfecciona y

ennoblece, lo hace crecer en humanidad. La evangelización es, en este sentido, educación. Sin embargo, la educación en cuanto tal no pertenece al contenido esencial de la evangelización sino más bien a su condición integral»¹⁹. Por ello la educación cristiana es indispensable en la evangelización: «La educación católica pertenece a la misión evangelizadora de la Iglesia y debe anunciar explícitamente a Cristo Liberador»²⁰.

Es así como se acuñó la frase tan expresiva y hermosa: “La Iglesia evangeliza educando y educa evangelizando”. Consecuentemente, la educación católica debe formar hombres con un criterio integral y de acuerdo a las exigencias de los tiempos en que se desempeñarán esos educandos. El lugar central de esa formación tiene que estar ocupado por el anuncio de la Buena Nueva y el ejercicio testimonial libre y generoso de lo que significa para cada persona el compromiso, compañía y amistad con el Señor Jesús. No buscar ni lograr este propósito significa sencillamente mutilar a la educación católica de su razón de ser. Instituciones educativas excelentes, pero sin el compromiso que las diferencia de los centros educativos católicos, existen y en gran número, pero entre ese grupo no está la ubicación de las instituciones que se consideran como parte de la acción educativa de la Iglesia.

Ante todo lo expresado, conviene precisar que «educar y evangelizar en este fin de siglo no es lo mismo que hace cien años. En el umbral del tercer milenio, la sociedad se ve enfrentada a desafíos nuevos que están produciendo un profundo impacto en la sociedad. La educación, como fenómeno social, y la misma evangelización, no quedan al margen de este hecho. Ignorar los retos que el nuevo contexto socio-cultural, político y económico lanza a la misión, sería condenarse a no poder traspasar el umbral del nuevo milenio»²¹. Por ello tanto la tarea evangelizadora de la escuela, como la educación sistemática formal o no formal católica, deberán asumir los desafíos de adecuarse y aprovechar, dentro de sus posibilidades, los avances que la ciencia pedagógica y la tecnología ponen cada día a su disposición, para alcanzar o mantener los niveles de calidad que los retos actuales y futuros plantean a la educación.

Hacia una educación en la justicia, en la solidaridad y en la esperanza

Los retos y desafíos se presentan muy grandes en el futuro inmediato del mundo en el que vivimos, pues el trabajo educativo evangelizador se tiene que llevar a cabo desde dentro del mismo mundo, afrontando los riesgos y dificultades diarias. Se trata de educar en tiempos de globalización, con una política neoliberal, una mundialización de las relaciones y la casi desaparición de las distancias en las comunicaciones planetarias. Pero como hemos ya visto, estos nuevos fenómenos, teniendo aspectos positivos, vienen también cargados de los nubarrones del individualismo que es egoísta, de la falta de

justicia, del consumismo que olvida lo que significa la solidaridad, de un secularismo y relativismo perniciosos, así como de un sórdido miedo y desconfianza que tienden a inmovilizar y paralizar iniciativas que abren horizontes de esperanza hacia un futuro mejor.

¿Será que ese miedo oculto es expresión de la falta de confianza de nuestra pequeñez frente a lo mucho que hay que realizar, o que nos sentimos pocos ante la inmensidad del campo que hay que sembrar? En respuesta me viene a la memoria lo que Juan Pablo II contestó cuando se le cuestionaba sobre qué religión era la mayoritaria y cuál tenía futuro por delante. El Santo Padre señalaba: «En realidad, desde el punto de vista del Evangelio la cuestión es completamente distinta. Cristo dice: “*No temas, pequeño rebaño, porque vuestro Padre se ha complacido en daros su reino*” (Lc 12,32). Pienso que con estas palabras Cristo responde mejor a los problemas que turban a algunos... Pero Jesús va incluso más lejos: “El Hijo del hombre, cuando venga en la Parusía, ¿encontrará fe sobre la tierra?” (Lc 18,18). Tanto esta pregunta como la expresión precedente sobre el pequeño rebaño —continúa el Papa— indican el profundo realismo por el que se guiaba Jesús en lo referente a sus apóstoles. *No los preparaba para éxitos fáciles...*»²².

No es propósito ni pretensión de este trabajo presentar un enfoque general de lo que debería orientar la educación católica en el futuro siglo XXI con que se inicia el tercer milenio. Sobre este tema ya ha comenzado a circular buena bibliografía, entre la que destaca la publicación de la Congregación para la Educación Católica que en 1997 dio a conocer *La escuela católica en los umbrales del tercer milenio*. La única aspiración es ofrecer como materiales de reflexión algunas sugerencias de lo que podrían constituir notas distintivas del trabajo evangelizador en la educación, a la luz del mensaje evangélico, considerando el contexto mundial y dando énfasis a tres cualidades fundamentales para la formación de las generaciones que regirán los destinos de la sociedad en el siglo adveniente: *una educación en la justicia, en la solidaridad y en la esperanza*, porque como expresó el Papa Juan Pablo II, «el futuro del mundo y de la Iglesia pertenece a las nuevas generaciones que, nacidas en este siglo, serán maduras en el próximo, el primero del nuevo milenio»²³.

«La escuela católica, por tanto, debe estar en condiciones de proporcionar a los jóvenes los medios aptos para encontrar puesto en una sociedad fuertemente caracterizada por conocimientos técnicos y científicos, pero al mismo tiempo, diremos ante todo, debe poder darles una sólida formación orientada cristianamente»²⁴.

¿Por qué una educación en la justicia?

«La paz es obra de la justicia» (Is 32,17) y «la razón de la paz, su significado último es Jesucristo, el justo que intercede por nosotros y nos reconcilia con el Padre. En Cristo el designio salvífico del Padre es llevado a su cumplimiento; se restablecen la paz, la

comuni3n con Dios, el di3logo entre los hombres. La paz, pues, nace ante todo del establecimiento de la comuni3n con Dios, que se actúa en Cristo: es, por tanto, iniciativa de Dios, don generoso a los hombres»²⁵.

Si la paz tiene tal alcance y es casi vivir generosamente con la plenitud de la bondad, llegar a ella por medio de la justicia, como dijo el profeta, estoy seguro de que tiene que ser uno de los objetivos fundamentales de la educaci3n cat3lica, en momentos en que lo que m3s hace falta es la paz en las personas, de las personas entre s3 y en el mundo que es don del Se1or Jes3s, Pr3ncipe de la Paz.

Existen muchas definiciones de lo que es la justicia. En un diccionario no teol3gico encontr3 dos que me agradaron: «La justicia es una virtud cardinal que inclina a darle a cada uno lo que le pertenece»; y «la justicia es el conjunto de todas las virtudes que constituye bueno al que la tiene».

El Cardenal P3o Laghi, citado anteriormente en su alocuci3n al Congreso Mundial de Educaci3n Cat3lica en la India, tambi3n dec3a: «La justicia concierne a la naturaleza misma del hombre. Cuando, en efecto, decimos que justicia significa dar a cada uno lo suyo, queremos decir que todo hombre debe ser tratado como hombre, que se le reconozca su dignidad, que sea puesto en condiciones de ejercer sus derechos e igualmente de cumplir sus deberes. De la justicia de cada uno —como nos ha invitado a reflexionar Juan Pablo II en la celebraci3n de la Jornada de la paz de 1998— es de donde nace la paz para todos. Por tanto, todos, cada uno seg3n la propia responsabilidad, estamos llamados a vivir la justicia, a obrar en la justicia»²⁶.

Creo que las palabras del Prefecto de la Congregaci3n para la Educaci3n Cat3lica est3n en la l3nea de una de las grandes preocupaciones de la Iglesia y que constituy3 materia central del S3nodo de los Obispos en 1971 al abordar el tema de la justicia en el mundo. Postular entonces *una educaci3n en la justicia* en un mundo cargado de ego3smo y de injusticias, es buscar ubicar como preocupaci3n de la educaci3n cat3lica la formaci3n de hombres que no vivan s3lo para s3, que rompan el individualismo que ignora lo que es fraternidad, que no conciban el amor a Dios sin el amor a los dem3s, en otras palabras, que sean justos. El amor a Dios y al pr3jimo o a los hermanos es un tema muy presente en las Escrituras. Recordemos s3lo las frases de San Juan: «Si alguno dice amo a Dios y aborrece a su hermano, es un mentiroso, pues quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve» (1Jn 4,20). «Si alguno posee bienes de la tierra, ve a su hermano padecer necesidad y le cierra su coraz3n, ¿c3mo puede permanecer en 3l el amor de Dios? Hijitos, no amemos de palabra y de boca sino con obras y seg3n la verdad» (1Jn 3,17-18).

Las palabras de San Juan suenan duras y a veces incomprendidas para muchos. En este pasaje del Evangelista vemos la exigencia del amor a Dios unido al amor al pr3jimo y tambi3n la urgencia de compartir con el que carece de algo. Para comprender su alcance,

debemos tener presente que practicar la justicia como expresión del amor a Dios y a los demás es apreciarla como un don del Señor Jesús que no se resigna a quedarse recluido sólo en nuestro corazón, sino que aflora al exterior impulsando nuestro actuar. Y los dones se nos dan, los recibimos o los dejamos pasar. He aquí la tarea educativa, que no se circunscribe al simple aprendizaje intelectual de los temas religiosos, sino que logra convertir el valor en praxis y en vivencia. Es la asimilación de un aprendizaje que se eleva a la categoría de norma de vida.

Se ha expresado en repetidas oportunidades que uno de los medios privilegiados que tiene la educación de la Iglesia lo constituye la escuela católica, y refiriéndose al tema de la educación en la justicia, en el último Congreso Mundial de Educación Católica (1998) se afirmó, entre otras ideas, lo siguiente: «La escuela católica tiene un gran potencial educativo para invertirlo por la paz, sea desde el punto de vista de los contenidos y del proyecto educativo, sea en lo concreto de la vida escolar de una comunidad que, de conformidad con el Evangelio, quiere vivir en la justicia y en el amor... Fomentar la cultura de la paz, que tiene como fundamento la justicia y la caridad, exige, por tanto, que la escuela misma sea un lugar de justicia y de caridad. La escuela católica es un lugar de justicia cuando es escuela de todos y para todos... Es el lugar no sólo para aprender la justicia, sino también donde se respira la caridad, el amor cristiano. En ella se trata a los alumnos no sólo con justicia, sino con amor, a fin de vivir la gratuidad en el comportamiento, la capacidad de darse a los demás y de perdonar. Además, el comprender a los papás, a las familias en el proyecto educativo hace posible el encuentro, el diálogo, el descubrirse como partes de esa unidad a la que está llamado el género humano... Es, pues, la escuela católica una grande oportunidad para la formación y la construcción de la cultura de la paz, en cuanto que en ella se enseña la justicia, pero, sobre todo, porque es ella una comunidad donde se vive la caridad»²⁷.. Ser justo no se limita a por propia iniciativa no aumentar la injusticia, ya abundante y creciente en nuestro mundo. Es, además, no imitar las injusticias ajenas, es romper el círculo de caer en ella porque otros lo hacen, es familiarizarnos y hacer partícipes a los alumnos del amor cristiano, expresión de la justicia y de la paz que nos da el Señor.

Educación por los caminos de la solidaridad

El Concilio Vaticano II expresó: «Mientras muchedumbres inmensas carecen de lo necesario, algunos, aun en los países menos desarrollados, viven en la opulencia o malgastan sin consideración. El lujo pulula junto a la miseria. Y mientras unos pocos disponen de un poder amplísimo de decisión, muchos carecen de toda iniciativa y de toda responsabilidad, viviendo con frecuencia en condiciones de vida y trabajo indignas de la

persona humana»²⁸. Parecería que estos conceptos de la *Gaudium et spes* nos interpelan en estos tiempos con mayor fuerza y apremio.

Una educación que va hacia el reencuentro con el Señor Jesús, como se trató anteriormente, así como una educación que postula la justicia, al exigirnos a los educadores un cambio de mentalidad, de actitudes y de prácticas que transformen nuestras vidas personales y comunitarias, nos convierte en promotores de una nueva educación. Un tipo de educación que trabaje por la renovación del mundo injusto y egoísta, por un mundo que inspirado en el mensaje evangélico transite por los caminos de la solidaridad.

«Vivimos en un mundo donde el amor se ha desvirtuado, en una sociedad donde la manipulación del lenguaje y la cultura de muerte han vaciado el amor de su verdadero significado, convirtiéndolo en una triste caricatura. Sin embargo, la nostalgia por el auténtico amor no sólo no desaparece, sino que se acrecienta cada vez más. Se hace pues urgente profundizar en la dinámica del amor y vivir con radicalidad sus alcances. La vida cristiana es fe que se expresa en lo concreto, en lo real, y no en abstracciones o quimeras. La solidaridad es una manera concreta de vivir el amor al que apunta la fe... Hoy más que nunca se hace urgente y necesaria la vivencia de la solidaridad con nuestros hermanos más necesitados. Frente a tanto dolor y miseria que nos rodea, no hay lugar para la pasividad o la indiferencia. Se trata de vivir una efectiva y afectiva solidaridad con el hermano que sufre, cada uno según su capacidad y posibilidades»²⁹. Y todo ello llevarlo y hacerlo realidad en la tarea educativa de los colegios y demás obras educacionales católicas.

Pero para que esto sea una constante de nuestro tiempo, la educación católica debe seguir considerando su dimensión eclesial como una cualidad consustancial a su existencia. Esta dimensión, dice la Congregación para la Educación Católica, «es también una característica fundamental de la escuela católica como escuela para todos, con especial atención hacia los más débiles. La historia ha visto surgir la mayor parte de las instituciones educativas escolares católicas como respuesta a las necesidades de los sectores menos favorecidos desde el punto de vista social y económico... En muchas partes del mundo, todavía hoy, es la pobreza material la que impide que muchos niños y jóvenes sean instruidos y que reciban una adecuada formación humana y cristiana. En otras, son nuevas pobrezas las que interpelan a la escuela católica, la que como en tiempos pasados, puede encontrarse con incomprendimientos, recelos, carente de medios... A estos nuevos pobres dirige con espíritu de amor su atención la escuela católica. En tal sentido, ella, nacida del deseo de ofrecer a todos, en especial a los más pobres y marginados, la posibilidad de instruirse, de capacitarse profesionalmente y de formarse humana y cristianamente, puede y debe encontrar, en el contexto de las viejas y nuevas pobrezas, aquella original síntesis de pasión y de amor educativos, expresión del amor a Cristo por los pobres, los pequeños, por las multitudes en busca de la verdad»³⁰.

Me parece que todo lo afirmado sobre este tema debe impulsar a la educación católica a caminar en un escenario cada día renovado, caminar aunque sea despacio en el hermoso camino de educar en la solidaridad, en compañía de Jesús, que amando a todos, tuvo opciones claras en su vida.

Además de los diversos métodos y procedimientos que tienen que recrearse e imaginar para la búsqueda de este objetivo, no hay que descuidar la formación de los profesores en los alcances y prácticas de la sensibilidad social y la solidaridad. Éste es un reto que hay que visualizarlo, no sólo con la formación de los futuros profesores, sino sobre todo en un trabajo valiente y cristiano con los maestros en servicio. Los maestros, como en la mayor parte de las actividades del proceso educativo, se convierten en los personajes claves de lo que aspiramos, en los animadores del nuevo espíritu educativo por la solidaridad.

Y es que cuando «la educación se proyecta hoy día en el horizonte de la mundialización que vivimos, activa la solidaridad como una energía original y humanizadora y se despliega como un lugar privilegiado para recrear prácticas solidarias..., porque la mundialización en los términos que actualmente se está realizando, tiene un déficit grave de solidaridad»³¹.

Educación bajo el signo de la esperanza

Una de las características negativas de nuestros tiempos y que se acrecienta mirando el futuro, es la falta de esperanza. Se vive para el presente, para el goce pasajero, para el utilitarismo que termina, y hasta parecería que se intenta quitar a la vida su sentido trascendente. Además, conviene no perder la atención de las nuevas corrientes de ateísmo y secularismo que luchan por alejar a Dios de las personas y de la sociedad.

Anteriormente, al desarrollar la educación como anuncio y enseñanza de testimonio, decíamos que el anunciar al Señor Jesús tiene un solo nombre: evangelización, y que toda evangelización conlleva una dimensión educativa de la persona. Pues bien, como lo expresó Pablo VI en la *Evangelii nuntiandi*, «la evangelización comprende además la predicación de la esperanza en las promesas hechas por Dios mediante la Nueva Alianza en Jesucristo»³².

En su carta apostólica *Tertio millennio adveniente*, el Papa Juan Pablo II invita a que los creyentes sean llamados a redescubrir la virtud de la esperanza y afirma que «la actitud fundamental de la esperanza, de una parte, mueve al cristiano a no perder de vista la meta final que da sentido y valor a su entera existencia y, de otra, le ofrece motivaciones sólidas y profundas para el esfuerzo cotidiano en la transformación de la realidad para hacerla conforme al proyecto de Dios»³³.

No es novedad, pero sí constituye hoy una nota de mayor urgencia, el buscar una educación más ligada a la esperanza. El Concilio Vaticano II, en la *Gravissimum educationis* exhortó a acostumbrarse a dar testimonio de la esperanza y a ayudar a la configuración

cristiana del mundo, mediante la cual los valores naturales contenidos en la consideración integral del hombre redimido por Cristo contribuyan al bien de toda la sociedad³⁴.

Para nosotros los cristianos, Jesucristo constituye el principio y razón de nuestra esperanza y es la única opción que nos permitirá tener éxito en la formación integral de la niñez y juventud que le ha tocado vivir «uno de los aspectos más lúgubres e inquietantes de la cultura contemporánea, sobre todo occidental», que «es su falta de esperanza. La humanidad parece inmersa en la angustia y en el miedo por su supervivencia a causa de las guerras injustas, de las divisiones entre los pueblos, del uso de armas cada vez más potentes, de la pobreza casi irreversible de continentes enteros, de la poca atención a la solidaridad hacia los necesitados y oprimidos, el paro y desocupación creciente, la masificación cultural, los desequilibrios ecológicos causados por intervenciones violentas sobre la naturaleza, las enfermedades contagiosas que se difunden de modo perverso, y, del uso de la droga entre los jóvenes, cada vez más extendido... El horizonte de la denominada *postmodernidad* parece transformar la existencia del hombre en un infierno dantesco: *Dejad toda esperanza, vosotros los que entráis*»³⁵.

A este panorama descrito descarnadamente, la educación y la escuela católica no puede pensarse que podrían estar ajenas. La Congregación para la Educación Católica sostiene en el documento citado que «la escuela es, indudablemente, encrucijada sensible de las problemáticas que agitan este tramo final del milenio. La escuela católica, de este modo, se ve obligada a relacionarse con adolescentes y jóvenes que viven las dificultades de los tiempos actuales. Se encuentra con alumnos que rehuyen el esfuerzo, incapaces de sacrificio e inconstantes y carentes, comenzando a menudo por aquellos familiares, de modelos válidos a los que referirse. Hay casos, cada vez más frecuentes, en los que no sólo son indiferentes o no practicantes, sino faltos de la más mínima formación religiosa o moral. A esto se añade en muchos alumnos y en las familias un sentimiento de apatía por la formación ética y religiosa, por lo que al fin aquello que interesa y se exige a la escuela católica es sólo un diploma o a lo más una instrucción de alto nivel y capacitación profesional. El clima descrito produce un cierto cansancio pedagógico, que se suma a la creciente dificultad, en el contexto actual, para hacer compatible ser profesor con ser educador»³⁶.

No ha sido la intención presentar cuadros y panoramas desoladores y que inspiren miedo y desánimo. Todo lo contrario. Sólo de una justa apreciación de la realidad, del reconocimiento de los progresos mundiales y de los logros de la educación católica, pero también de los peligros que hay que afrontar, es que se puede obtener la energía y el valor para encararlos. No es dejándonos vencer por el miedo, sino todo lo contrario. Juan Pablo II, predicador constante de la esperanza, no se ha cansado de repetir, desde el primer día de su pontificado: «¡No tengáis miedo de lo que vosotros mismos habéis creado, no tengáis

miedo tampoco de todo lo que el hombre ha producido, y que está convirtiéndose cada día más en un peligro para él! En fin, ¡no tengáis miedo de vosotros mismos!»³⁷.

El papel de María

Y el Papa continúa diciendo: «Mientras entraba en los problemas de la Iglesia universal, al ser elegido Papa, llevaba en mí una convicción semejante: que también en esta dimensión universal, la victoria, si llega, será alcanzada por María. *Cristo vencerá por medio de Ella, porque Él quiere que las victorias de la Iglesia en el mundo contemporáneo y en el mundo del futuro estén unidas a Ella*»³⁸.

En toda esta hermosa tarea, dejémonos guiar por Santa María, la Pedagoga del Evangelio³⁹. Enseñemos a los niños y jóvenes que en el conocimiento del Señor Jesús practiquen la «metodología de María»⁴⁰, que consistía en la forma como Ella asimilaba, según narran los Evangelios, lo que veía y escuchaba de su Hijo. «Sabía guardar y escuchar esas cosas en su corazón» (Lc 2,19) cuando los pastores narraban lo que les habían dicho los ángeles anunciando el nacimiento, o en Lc 2,51 al encontrar al Niño perdido en el templo y recibir la respuesta de Jesús. Santa María hizo parte de su vida lo que observó y escuchó del Señor.

«María, que es la madre-discípula, la educadora-educada»⁴¹, es también la Madre de la Esperanza, que se constituye en la mejor compañera de los educadores católicos que siguiendo a su Hijo encaramos los desafíos y retos de la educación del siglo que va a comenzar y que deberíamos asumir como santo y seña del momento: *Por Cristo a María, y por María más plenamente al Señor Jesús*.

Andrés Cardó Franco ha sido Ministro de Educación del Perú. Es autor de Testigo de la fe en la escuela. El educador laico católico.

¹*Gaudium et spes*, 3-5.

²Mario Peressón Tonelli, S.D.B., *Misión profética de la educación católica en los umbrales del tercer milenio*. Ponencia en el Congreso Mundial de la OIEC (Jaipur, India 1998), en revista «Educación hoy», Confederación Interamericana de Educación Católica, Bogotá, abril-junio de 1998, n. 134, p. 40.

³Jacques Delors (dir.), *La educación encierra un tesoro. Informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre la educación para el siglo XXI*, UNESCO - Santillana, Madrid 1996.

⁴Allí mismo, p. 44.

⁵Peter-Hans Kolvenbach, S.J., *Los desafíos de la educación cristiana a las puertas del tercer milenio. Conferencia en el centenario del Colegio San José de Arequipa*, en *Una misma visión, una misma misión. Visita al Perú*, Centro de Espiritualidad Ignaciana, Lima 1998, pp. 58-59.

⁶*Gaudium et spes*, 57.

⁷*Gaudium et spes*, 62.

- ⁸Colin N. Power, *Aprendizaje o enseñanza: reforma de niveles y modalidades educativas. Palabras introductorias*, en AA.VV., *Aprender para el futuro: educación y desarrollo*, Fundación Santillana, Madrid 1996, p. 60.
- ⁹Ver Jacques Delors (dir.), ob. cit., cap. 4, pp. 95-108.
- ¹⁰*Redemptoris missio*, 1.
- ¹¹*Tertio millennio adveniente*, 6.
- ¹²Ver *Redemptoris missio*, 33 y 37.
- ¹³Juan Pablo II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, Norma, Santafé de Bogotá 1994, pp. 131-132.
- ¹⁴Ver Congregación para la Educación Católica, *La escuela católica en los umbrales del tercer milenio*, 28/12/1997, 1-4.
- ¹⁵*Gravissimum educationis*, 3.
- ¹⁶*Camino hacia Dios*, Vida y Espiritualidad, Lima 1997, t. 1, p. 42.
- ¹⁷Comité Central del Gran Jubileo del Año 2000, *Jesucristo, Salvador del mundo*, Conferencia Episcopal Peruana, Lima 1997, p. 129.
- ¹⁸Ver *Evangelii nuntiandi*, 18.
- ¹⁹*Puebla*, 1013.
- ²⁰*Puebla*, 1031.
- ²¹Peter-Hans Kolvenbach, S.J., ob. cit., p. 58.
- ²²Juan Pablo II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, ob. cit., pp. 122-123.
- ²³*Tertio millennio adveniente*, 58.
- ²⁴Congregación para la Educación Católica, *La escuela católica en los umbrales del tercer milenio*, 28/12/1997, 8.
- ²⁵Card. Pío Laghi, *Por una cultura de paz fundada en la justicia y en la caridad teológica*. Ponencia en el Congreso Mundial de la OIEC (Jaipur, India 1998), en revista «Educación hoy», Confederación Interamericana de Educación Católica, Bogotá, abril-junio de 1998, n. 134, pp. 17-18.
- ²⁶Card. Pío Laghi, ob. cit., p. 20.
- ²⁷Allí mismo, pp. 25-29.
- ²⁸*Gaudium et spes*, 63.
- ²⁹*Camino hacia Dios*, ob. cit., t. 1, pp. 84-87.
- ³⁰Congregación para la Educación Católica, *La escuela católica en los umbrales del tercer milenio*, 28/12/1997, 15.
- ³¹Joaquín García Roca, *Oportunidades educativas y vida religiosa*, Roma 1997.
- ³²*Evangelii nuntiandi*, 28.
- ³³*Tertio millennio adveniente*, 46.
- ³⁴Ver *Gravissimum educationis*, 2.
- ³⁵Comité Central del Gran Jubileo del Año 2000, *Jesucristo, Salvador del mundo*, ob. cit., pp. 158-159.
- ³⁶Congregación para la Educación Católica, *La escuela católica en los umbrales del tercer milenio*, 28/12/1997, 6.

³⁷Juan Pablo II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, ob. cit., p. 224.

³⁸Allí mismo, p. 225.

³⁹Ver *Puebla*, 290.

⁴⁰Expresión desarrollada por Luis Fernando Figari en su conferencia sobre la peregrinación a Roma "Pentecostés '98" (24/7/1998).

⁴¹Luis Fernando Figari, *En Compañía de María*, Vida y Espiritualidad, Lima 41995, p. 91.

Ver *Redemptoris missio*, 33 y 37.